



La dueña de la Venta de Aires ofrece unas flores a la Princesa.

Polo Benito, al que iban recomendadas, en la Venta de Aires. Cuando se marchaban, la dueña de la venta, una buena y simpática mujer toledana, se acercó a «Mademoiselle de Rethy», cuyo verdadero nombre no conocía, por supuesto, a ofrecerle unas flores. La Princesa las aceptó sonriente.

—Gracias, dijo, en castellano.

Entonces, nosotros, que habíamos almorzado en la Venta de Aires, también, nos acercamos tímidamente.

—Si Su Alteza quisiera ya...

Se resignó, con su suave sonrisa.

—En fin... Pero, ¿no publicarán la fotografía en su periódico hasta que yo me marche?

—Le damos nuestra palabra.

LAS CIUDADES Y EL COLOR

Ya nos agregamos al grupo que formaban las dos damas y don José Polo Benito y fuimos recorriendo Toledo: la Casa del Greco, Santa María la Blanca, Santo Tomé, la Catedral...

La Princesa lleva un sencillo traje de crespón estampado, un jersey azul, sombrero de paja, zapatos de lona, y así ligera y alegre, como una burguesita en vacaciones, va delante de nosotros saltando ágilmente por las callejuelas de Toledo, subiendo y bajando las cuestas pedregosas, asomándose a los oscuros portales, a los patios claros... Mira todo: las doradas casas, los viejos sarmentosos y lentos, las retorcidas callejas, con grave y sostenida atención. A cada momento se detiene y se queda absorta un rato en una bocacalle o ante una casona.

De pronto se vuelve hacia nosotros.

—¡Qué ciudad maravillosa!... ¡Es la más bella de España!

Lo dice con una viveza, con un entusiasmo, que choca con su aire tranquilo, reposado.

—¿Más hermosa que Barcelona y que Madrid?

—¡Oh!... Son cosas distintas...

—Y, ¿cuál le gusta más?

Vacila un instante. Y luego, firmemente, dice:

—Toledo... Y también Avila, y Burgos, y El Escorial...

—Entonces, Madrid y Barcelona...

—Son magníficas ciudades, muy grandes y suntuosas. Magníficas ciudades europeas, pero sin...

Vuelve a vacilar.

—... Sin cachet... Ciudades como las demás de nuestro tiempo...

No lo dice «Mademoiselle de Rethy», pero se advierte que Madrid y Barcelona han contrariado la imagen que ella se hacía de España.

VELÁZQUEZ Y EL GRECO

En la Catedral, la Princesa se para largo rato frente a los cuadros de todos los grandes Maestros.

Ante uno del Greco, permanece todavía más tiempo que ante los demás.

—¿Le gusta?—pregunto.

—Sí... Es un gran pintor... Evidentemente...

Sus cándidos ojos azules están fijos en las escuálidas figuras atormentadas, patéticas... Parecen subyugados por ellas, dominados, entenebrecidos...

—¿Le gusta más el Greco que Velázquez?

«Mademoiselle de Rethy» se arranca, como de un mal sueño, de la contemplación del cuadro y vuelve hacia mí sus bellos ojos, súbitamente serenos; sus grandes ojos, claros, suaves, tranquilos...

—¡Oh!... No... El Greco no me gusta más que Velázquez, no... Velázquez es uno de los pintores más grandes del mundo... A él es a quien yo admiro más de todos los pintores españoles...

Y recordando la luz de Velázquez; la alegre, la viva, la sana luz de Velázquez, sonríe plácidamente.

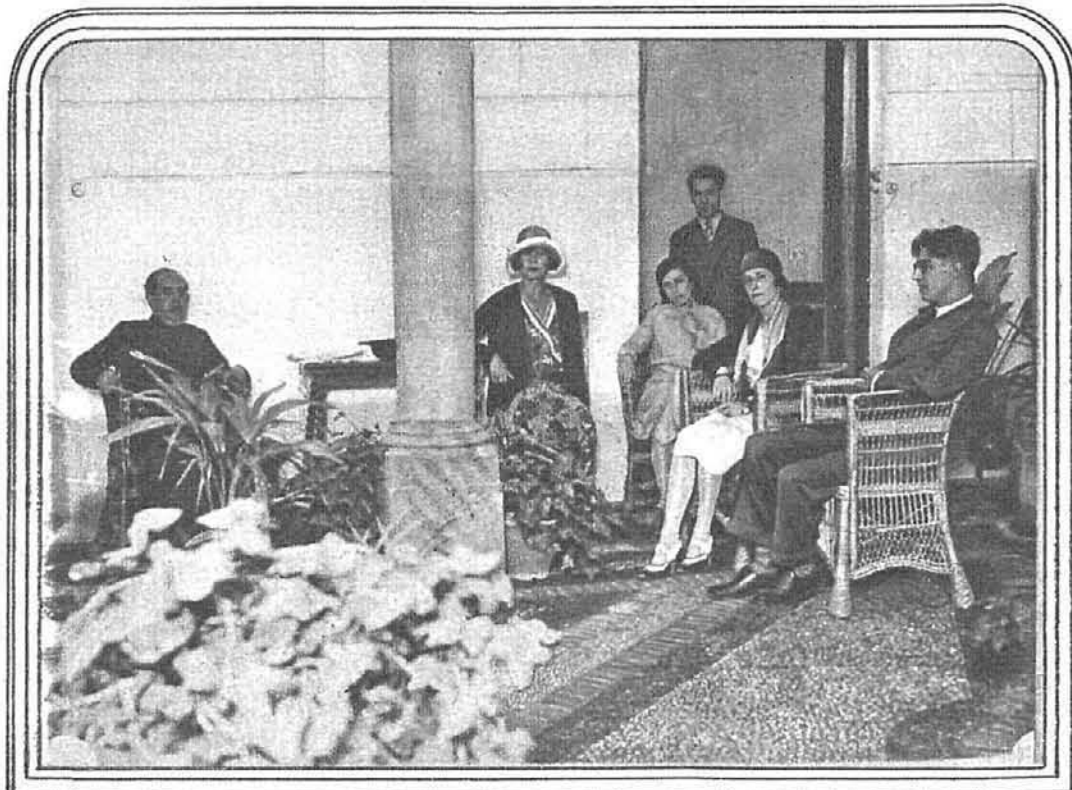
LA VIRGEN DE LOS ALFILERITOS

«La Virgen de los alfileritos», esa imagen que hay en una hornacina en una de las calles de Toledo, llama mucho la atención de la princesa.

Por lo visto las chicas toledanas que se quieren casar van a pedírselo a esa Virgen y le ofrendan alfileres.

«Mademoiselle de Rethy» escucha muy divertida esta historia.

—Con lo bonitas que son las muchachas de Toledo—comenta—, lo natural sería que las rogativas para casarse no las hicieran ellas, sino los galanes...



Su Alteza Real la princesa María José y su dama de honor, en el patio de la casa del ilustre deán de la Catedral de Toledo D. José Polo Benito, acompañadas por éste, sus familiares y el redactor-jefe de ESTAMPA.

A última hora de la tarde, D. José Polo Benito nos llevó a tomar el té en su casa, una casa puesta con muy buen gusto, con un patio, sobre todo, hermosísimo.

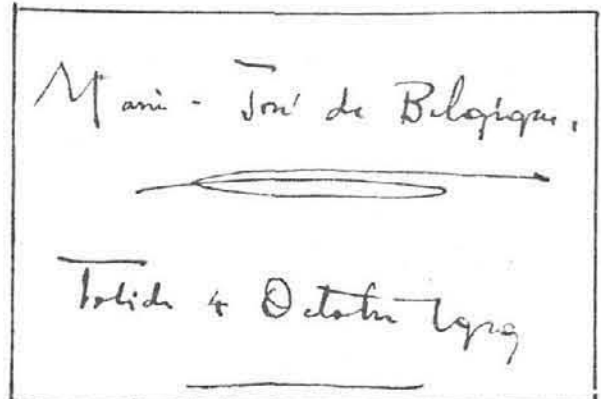
La Princesa, muy contenta después de sus andanzas por Toledo, había ido olvidándose poco a poco de mi condición de periodista, que la había mantenido al principio en cierta reserva. Ahora charlaba llanamente con todo el mundo, bromeaba.

Sentó a su lado a la linda sobrina del deán y la hacía darle lecciones de castellano.

—¿Se dice—preguntaba pronunciando lentamente, pero con corrección, el castellano—«To... le... do... me... gus... ta?»

—¡Eso es!—aprobaba la sobrina de don José.

—¿Y «es... bo... ni... to?»



Autógrafo que Su Alteza entregó a nuestro compañero Sánchez Ocaña.

—¡Así! ¡Así!

—¿Y «gra... ci... as?»

—¡Sí!

—Hasta ahora no conocía España—indica, disculpándose—. No había podido venir antes... ¡Y eso que tenía tantos deseos de verla!... Yo he leído a los grandes escritores españoles, a Cervantes, a Lope de Vega, a Calderón de la Barca, y soñaba con la hermosa España.

—¿Volverá?

—Sí. Quiero volver... Quiero conocer Andalucía; el sol, el cielo de Andalucía... ¡Qué hermosa será Andalucía!... ¿No?...

LA SOMBRA DE STRESEMANN

Acabábamos de tomar el té cuando llegaron los periódicos de Madrid.

Las grandes titulares en que anunciaban la muerte de Gustavo Stresemann, el ministro de Negocios Extranjeros de Alemania, le chocaron.

—¿Stresemann?—preguntó señalándonos uno de los diarios.

Le tradujimos la noticia escueta de la muerte.

—¿Ha muerto?—exclamó mirándonos asombrada.

—Sí... Anoche... De una apoplejía...

Quedó muda y grave, de pronto; inmóvil en su asiento, recogida en un silencio que no nos atrevíamos a romper... ¿Rezaba?...

Al cabo de unos minutos alzó la vista hacia nosotros.

—Era—dijo—un hombre bueno, que trabajaba por la paz... ¡Que Dios se la haya dado a él!...

Y diciendo eso, la voz de la hija de Alberto I de Bélgica temblaba un poco.

VICENTE SANCHEZ-OCAÑA

(Fotos Benítez Casaux.)